

El esfuerzo de restituir la pluralidad del fenómeno comunista a través de la búsqueda colectiva.

Reseña del libro *Le siècle des communismes*, bajo la dirección de Michel Dreyfus, Bruno Groppo, Claudio Ingerflom, Roland Lew, Claude Penetier, Bernard Pudal y Serge Wolikow; París, les editions de l'atelier, 2000, 542 páginas.

Andrés Bisso

Becario UNLP. Docente e investigador del CISH.

¿Cómo abordar en un solo libro, toda la complejidad de un fenómeno tan polifacético como lo es el del comunismo? Los directores de *Le siècle des communismes* parecen haberse hecho, desde el comienzo, este interrogante. Su respuesta implicaba tener en cuenta todas las dificultades y alcances de la empresa que emprendían, al intentar analizar en forma exhaustiva, lo que ellos mismos definen como “una realidad múltiple y controvertida”.¹

Ante la complejidad del objeto de estudio, producto de su polifacetismo, la respuesta de abarcarlo ha partido desde una primera resolución metodológica. Ésta es la de concebir esta obra como un esfuerzo colectivo, que permitiera a los diversos investigadores centrarse en aspectos específi-

¹ Tal es el título de la introducción que Bruno Groppo y Bernard Pudal realizan para la primera parte del libro.

cos de los diferentes problemas que planteaba el comunismo en sus diferentes facetas. En total, la obra es autoría de 23 investigadores de diferentes universidades de Europa, Estados Unidos y Canadá, que se ocupan de diversos aportes, a través de las cuatro partes en que se divide el libro.

Esta conjunción de esfuerzos permite, no sólo conferir una visión pluralista a la producción emprendida, sino que incluso fomenta el desarrollo de un amplio abanico de temas sobre el fenómeno comunista y nos provee de información sobre algunos partidos comunistas sobre los cuales no poseemos tanta. Es el caso, por dar un ejemplo, de los interesantes datos aportados por Brigitte Studer acerca del partido comunista suizo.

Por otra parte, los nuevos aportes no se reducen únicamente al conocimiento de nuevas realidades partidarias nacionales. Precisamente, a través de la autora ya mencionada, el libro nos permite comprender mucho mejor, un tema de novedoso desarrollo, como lo es el de modelo de mujer fomentado por los comunismos, tanto desde los partidos comunistas occidentales como por el Estado soviético.

Pero más allá de la multiplicidad de voces que provoca el trabajo colectivo, el presente libro nos habla, desde su título, de otra pluralidad: la del objeto de estudio. Esto significa reconocer, sin negar la identidad del fenómeno, que las diferencias nacionales, históricas y humanas condicionan y posibilitan diferentes formas de comunismo. Esta enunciación hace que los autores critiquen, algo expeditivamente a nuestro modo de entender, las interpretaciones de Furet en *Le passé d'une illusion* y de Stéphane Courtois en *Le livre noir du communisme*, como deudoras por igual, de una

visión unicista y esencialista, una que reduce al comunismo a ser una “ilusión” y la segunda que lo muestra como una mera empresa criminal.

Pero más allá de estas críticas, resulta valorable el intento de mantener esa difícil relación entre identidad y diferencia que les permite enfocar varios objetos de estudio, sin dejar por ello de remitir a lo que se sigue considerando un proyecto único: el del comunismo.

Al esfuerzo por restituir la pluralidad del fenómeno comunista, se suma la intención de poner en cuestión, el tema de la apertura “explosiva” de los archivos estatales y partidarios comunistas ante la disgregación de la Unión Soviética y de las llamadas “democracias populares” del este europeo. Los investigadores reflexionan en este punto acerca de una situación actual, que sirve para repensar un viejo e inacabado debate del campo histórico: el de la relación del investigador con el archivo. En todos los casos, los autores parecen llegar a conclusiones similares, que pueden resumirse en las palabras de Serge Wolikow cuando advierte que “si el acceso a los archivos (en este caso de la Internacional Comunista) modificó notablemente la investigación histórica, no significó automáticamente una revisión general de todos los trabajos históricos anteriores”.²

Ante este balance, de lo que se trataría, entonces, sería de no renunciar a la utilidad del trabajo de búsqueda teórica, más allá de la pretendida explosión de las posibilidades que dan los archivos. Si los historiadores quedaran desprendidos de herramientas de interpretación frente al archivo, se

² Wolikow, Serge, “Les interprétations du mouvement communiste international” en AAVV, *Le siècle des communismes*, ob. cit., pag. 85.

agravaría lo que los autores de este libro ven como un reflujo del positivismo en los estudios sobre el comunismo.

A partir de la intención de recuperar esa tradición interpretativa sobre el comunismo, los directores del libro ubicarán en la primera parte, una serie de capítulos, introducidos por Bruno Groppo y Bernard Pudal, en los cuales se pasa revista a las tradiciones historiográficas que marcaron con más fuerza la interpretación del comunismo.

Entre las corrientes analizadas no podía faltar el totalitarismo. Escrito por Brigitte Studer, el capítulo resalta las mutaciones del concepto desde su uso inicial por antifascistas italianos hasta su actual reflujo como teoría consoladora de aquellos que no logran dar una explicación más compleja al fenómeno del comunismo. A esta colaboración, le sigue un capítulo de Sabine Dullin sobre las interpretaciones francesas del sistema soviético, en el que se resaltan las diferencias originarias con el mundo académico estadounidense, pronto a entender la "soviología" como un estudio del enemigo en momentos de Guerra Fría, y se señala la actual promesa que significa en Francia la búsqueda de una "historia social de lo político", en la comprensión de lo que fue (o es) el comunismo. A este capítulo lo sigue un análisis de las historiografías de los comunismos italiano y francés, realizada por los autores de la introducción, Groppo y Pudal, que muestra la diferencial adaptación a los nuevos tiempos por parte de los dos partidos. Frente a una temprana intención científica de la historiografía del partido comunista italiano, surgida incluso desde el mismo partido, los autores anteponen una falta de intención transformadora de la historia oficial en el Partido

Comunista francés, lo que generó que en la historiografía francesa sobre este tema, se produjera una división tajante entre historiadores del partido e historiadores profesionales, hecho que no ocurrió con la misma fuerza en Italia.

Luego de un conciso trabajo de Serge Wolikow sobre las interpretaciones del movimiento comunista internacional, la primera parte da paso a la segunda, dirigida e introducida por Michel Dreyfus y Roland Lew, que centra su interés en desarrollar “las grandes fases de la historia de los comunismos”. Dicha parte, en la que la interpretación busca enriquecerse con la descripción de las diferentes realidades del comunismo, pareciera constituir el “núcleo” de la intención del libro de mostrar la diversidad de los comunismos que poblaron el siglo. Los primeros capítulos se refieren a la acción de las diferentes fases históricas en la construcción de los comunismos. El primer capítulo de la sección, realizado por Michel Dreyfus, analiza las consecuencias de la Primera Guerra Mundial en la transformación y división del movimiento socialista. A este le sigue un capítulo, de gran extensión y dividido en artículos independientes de diferentes autores, coordinado por el argentino Claudio Ingerflom, en el que se intenta analizar el peso de las especificidades de la sociedad y del Estado ruso en la conformación del período postrevolucionario soviético.

Ingerflom realiza en este segmento, la que creemos la más interesante crítica a Furet realizada en este libro, en tanto descubre una inconsecuencia entre dos obras cumbres de este historiador, *Penser la Revolution Française* y *Le passé d'une illusion*. Mientras que en la obra sobre la Revolución Francesa, Furet intenta demostrar lo ilusorio de pensar

a aquella revolución como un “año cero”, pareciera ser que en la historia sobre el comunismo creyera sin problemas en la existencia de un corte total entre la Revolución Rusa y el pasado.

Dentro de este capítulo pueden anotarse, además, los aportes sobre diferentes elementos y problemas planteados por el período postrevolucionario soviético: la violencia, analizada por Peter Holquist; el partido y el terror, analizados por Gábor T. Rittersporn; la cuestión demográfica analizada por Alain Blum; la resistencia campesina, a cargo de Lynne Viola; la relación de los obreros con el Partido y el Estado, analizados por Lewis Sigelbaum para el período 1917-1939 y por Donald Fitzer para el período de Segunda Guerra Mundial y la postguerra; y la participación de las mujeres en la Revolución, a cargo de Wendy Goldman. Sin destacar ninguno en particular, los aportes son positivos en tanto abogan por la recuperación de la historia social en la interpretación de la historia del comunismo y aportan datos interesantes y curiosos sobre aspectos poco conocidos de la vida cotidiana en el “socialismo real”. El capítulo siguiente lo dedica Serge Wolikow al análisis de la Internacional Comunista.

A partir del capítulo VIII del libro, se inserta la noción del comunismo como sistema, dándole al libro la pluralidad geográfica que había concebido. Estos capítulos tratan acerca de la expansión del comunismo hacia el Oeste en la postguerra e introducen los casos de los nuevos comunismos en el poder, tal el caso de las democracias populares del este europeo, China, Vietnam y Camboya. Es de lamentar que, dentro de los comunismos triunfantes, no se indague de manera concreta el caso de la Revolución Cubana y que apenas se dedi-

quen unos comentarios a ella en un corto capítulo sobre el comunismo latinoamericano, que en la Tercera Parte Michael Löwy dedica a las *figures du communisme latino-américain* y en el que, como su título lo predice, se prioriza el enfoque biográfico de ciertos dirigentes, en especial de Mariátegui y el Che Guevara, antes que un análisis de los Partidos y de sus estrategias político-sociales. A diferencia de este enfoque, el capítulo sobre los movimientos de liberación árabes y su relación con el comunismo, de René Gallisot, parece mucho más logrado, en tanto analiza las difíciles relaciones entre estos dos movimientos de una manera global y dinámica.

La segunda parte termina con un análisis de las diferentes reacciones nacionales frente a la crisis del "socialismo real". Groppo y Dreyfus se ocupan de los comunismos italiano y francés, de los que, como a lo largo del libro, vuelven a destacarse la existencia de autonomías diferentes con respecto a Moscú por parte de los dos partidos, que harán del partido italiano, un pionero en la configuración definitiva del movimiento "eurocomunista". Por su parte, Antony Todorov analiza las reformas en el Este europeo, atendiendo especialmente a la importancia del modelo yugoslavo de autogestión, y Roland Levy analiza el proceso de desmaoización y lento desarrollo del capitalismo en China.

Llegando a la tercera parte, dirigida por Claude Pennetier y Bernard Pudal, encontramos el análisis de la Internacional Comunista, entendida como núcleo de partidos, pero también de hombres. Además del ya referido artículo de Dreyfus sobre Latinoamérica, abundan los artículos de análisis de grupos a través del corte biográfico. Estos son, los de Jean Vigreux sobre campesinos comunistas;

Frédérique Matonti sobre intelectuales comunistas franceses; Bruno Groppo sobre emigrados políticos y Rémi Skoutelsky sobre brigadistas y resistentes. A estos habría que agregarle el que consideramos el artículo que mejor conjuga el análisis biográfico con una visión crítica y contextual del grupo, que es el de Michel Dreyfus sobre sindicalistas comunistas. En este artículo se advierte, de manera muy interesante, las tensiones entre los sindicatos comunistas con sus partidos, con la Internacional Comunista y con Moscú. La controvertida presencia y actuación del heterodoxo Andrés Nin en el Sindicato Rojo Internacional, muestra a las claras la no necesaria homogeneidad entre los sindicatos y partidos comunistas.

A estos aportes, los complementan los diversos artículos de Pennetier y Pudal, Wolikow y Studer, que dan una imagen general sobre la ideología en la que se cimentaba la Internacional Comunista y la influencia que los diferentes cultos, a Stalin, a la mujer nueva y a los diferentes secretarios generales, donde se analiza particularmente el caso del francés Maurice Thorez, influyeron en ella. Los cultos y las dinámicas de identidad exclusiva hacen que Pennetier y Pudal caractericen a los partidos comunistas y a su Internacional como “instituciones totales”.

Por último cabe mencionar la cuarta parte, entendida casi como un anexo, en la cual se ponen tres temas en debate, escritos por cuatro de los siete directores de este esfuerzo colectivo. Estos temas abarcan las relaciones del comunismo con la violencia, con los fascismos y antifascismos y con la politización obrera. Los tres artículos intentan desmitificar ciertas asociaciones rápidas que se hacen en torno al comunismo y que debieran ser

matizadas con un enfoque histórico crítico. En cierta medida, el intento de revisar ciertas relaciones, que se habían concebido como “naturales”, entre el comunismo y otros fenómenos históricos, persigue el objetivo que impulsó en un principio al libro: el de “prevenirse de una concepción demasiado ideológica y (el de) dejar abierto el campo de las investigaciones, a fin de que las diferentes facetas de lo real que aprehenden las ciencias sociales, tengan (en el horizonte de pensamiento elegido), derecho de ciudadanía ”.³

Atravesado por las irregularidades de producción que suelen darse en este tipo de trabajos colectivos, no se puede menos que recomendar la lectura de este libro, que ofrece un panorama general de la historia de los comunismos, y aplaudir la intención de los directores, al apostar a un esfuerzo colectivo, atento no sólo a la pluralidad y diversidad del objeto de estudio, sino también a las de la producción académica.

³*Idem*, Introduction, pag. 15.